

PIERRE CHARBONNIER y REDONDELA en el Jardín

La obra de Charbonnier es un frío mensaje de técnica y de oficio. Estructura orgánica e intelectual. Cada cuadro nos presenta el problema de un cromatismo definido, sostenido a fuerza de líneas estructuradas y planificadas en el cerebro del artista.

Hay en la obra de Charbonnier el prurito de concretar, de ver y de crear de una forma orgánica y figurativa. Sus cuadros son densos, por la consecución de unas líneas que basifican el conjunto de la obra.

A pesar de todo ello, y por su misma estructuración silenciosa, a pesar de los elogios de que venía precedido, y la lista de méritos con que nos ha sido presentado, Charbonnier no nos ha convencido. En su exposición, a pesar de su estructura realista, nos hemos sentido sin apoyo, vacíos, no hemos podido «sentir» sus cuadros, porque ante ellos el sentimiento se convertía en un hecho absurdo; ya que «sentir» una estructura, ante la cual no dudamos de que le ha sido absorbida toda posibilidad de sentimiento, produce una sensación gratuita e inconsecuente, que muere con el hecho mismo.

El problema de «sentir» una obra de arte, es el arranque para la compenetración y el estudio más complejo de un artista. Este «sentir», es el vehículo por el cual llegamos a comprender de una forma concreta el mundo estético de un artista, consecuencia de su credo ético, y de su grado de aprehensión de las esferas superiores. «Sentir» una obra, pues, no es entender los valores plásticos que concurren en ella, sino el medio para llegar a la disquisición intrínseca de los mismos.

Charbonnier es un artífice del silencio pictórico. Sus complejos lineales alcanzan un ritmo cerebral insistente. Construye el cuadro, pero es sordo a toda sensibilidad comunicativa. La obra de arte es comunicación y nunca aridez, aunque en la misma nos demos cuenta del oficio acabado con que el artista plasma sus complejos estéticos.

Su pintura persigue el hecho espectral de la figuración. Son líneas vivas las que nos transmite, vivas en el sentido particular de equilibrio, de apoyo, que una línea puede tener en sí. Todo se subordina a esta constante en la pintura de Charbonnier. Esta línea absorbente limita el color, la trascendencia, e incluso la figuración, aunque esto parezca paradójico. Esta línea sorda que araña los temas limita el alcance de la obra de este artista. Sus temas son productos de laboratorio, en los cuales se ha acallado todo problema personal y colectivo, en un proceso de síntesis obsesiva.

* * *

El oficio de Redondela como eco de su estilo es perfecto. Hay en su exposición dos matices recia-

mente acusados; las telas de un ritmo sostenido en yeso del año 1.956 y las de fuerte intensidad esencialista, que están firmadas en el 57.

Este artista parece ya definitivamente afinado en su estilo masivo e intenso de gamas contrapuestas y sobrepuestas, en las telas firmadas en el 57.

Redondela no es un colorista. Como dejamos apuntado más arriba, el artista es un esencialista. Colorismo y esencialismo es como si dijéramos «cultura de realidades profundas» para lo último y «cultura de las superficies» para lo primero —según frase de Ortega—. El colorista puede ser pintor por convicción o un simple bastardo de la esencia del color. El colorista puede serlo externo de realidades impersonales, o interno o anímico con explosiones temperamentales, traducidas en intensidades plásticas —caso Van Goch, Vlaminck entre otros—. El colorista puede engañar fácilmente nuestra sensibilidad, por el desconcierto que produce el alud cromático, con el que juegan algunas veces en forma inconsciente e irresponsable, —ejemplo, aquellos artistas que sin personalidad propia quisieron seguir los dictados del «fauvisme» al cual solo sirvieron de forma integral sus principales promotores Vlaminck, Derain y Matisse—.

Esencialistas, como lo es Redondela, son aquellos que en el cromatismo solo encuentran el apoyo básico desde el cual se sitúan en una constante de gamas indefinidas, que sugieren de continuo el mensaje eterno de las luces y las sombras, solidificadas por el estatismo esencial del artista.

Redondela es el pintor de los volúmenes indefinidos. Este pintor ha barrido todo complejo subjetivo de su obra, la misma por su construcción y por su aliento vital permanece «al margen del tiempo». Es la pintura de un afinado, de un hombre que ya no lucha por creer que ya ha alcanzado la meta que instintivamente ha señalado a su arte. Es muy difícil que Redondela vacile, ya alcanzado este punto. Es muy cómodo lograr —o creer haber logrado— cuando el espíritu halagado por lo conseguido, queda al margen de la superación y la consecución orgánica evolutiva. No es suficiente en nuestro tiempo ser pintor. No basta el tener oficio. Nuestro tiempo tiene necesidad de artistas que no formen un nivel superado de los problemas de aquel, sino que abran cuña con su mensaje para superarlos.

El arte como verdad parabólica arranca hacia la vida, la alcanza; una vez alcanzada se aleja de ella para empezar de nuevo el ciclo.

LUIS BOSCH C.